

circunstancias de mi encuentro, al final de mis estudios secundarios, con un profesor que me había parecido extraordinario y cuya influencia decidió casi de inmediato mi orientación futura. Ese profesor se llamaba Merleau-Ponty. Por lo demás, como lo sugieren las referencias que he hecho a su obra a lo largo de estas páginas, su inspiración no ha dejado de guiarme. A fin de cuentas, debí consagrarle cierto número de ensayos, reunidos hace algunos años en un volumen. Seguramente habría podido decir más a mi interlocutor sobre este encuentro. Las cuestiones que trataba Merleau-Ponty me producían el sentimiento de que me habitaban antes de descubrirlas. Y él mismo tenía una manera singular de interrogar. Parecía inventar su pensamiento mientras hablaba, más que instruirnos en lo que ya sabía. Era un espectáculo extraño y sorprendente. Por primera vez encontraba un maestro (aunque fuese de temperamento demasiado rebelde para confesármelo) en ese profesor que sabía sustraerse a la posición de la maestría. Como se ve, si hubiera tomado en cuenta esa experiencia, habría sido inducido a considerar más de cerca la relación de la enseñanza con la filosofía... Pero advertí que, en medio de mi aprieto para asumir el nombre de filósofo, había hecho una omisión

todavía más significativa. En realidad, mi elección no era sólo fruto de un encuentro, por decisivo que haya sido. Mucho antes de entrar a la clase de filosofía estaba poseído por un deseo: anhelaba ser escritor. Ese deseo era, desde los comienzos de mi adolescencia, mi secreto; como muchos otros jóvenes, que lo han sentido del mismo modo, ignoraba lo que quería escribir: mi deseo no tenía objeto, estaba en espera de su objeto. La filosofía no hizo sino fijarlo al metamorfosearlo. Renunciando a la literatura (sin haber tomado nunca, por lo demás, verdaderamente la decisión) conocí el encanto de una escritura que guardaba la impronta de mi primer deseo. Ese recuerdo suscitó en mí una última pregunta: ¿me ha inducido lo que debo a mi historia personal a desconocer "la esencia de la filosofía", o bien he ganado algún poder para sondear la relación de la filosofía con la escritura? Por una vez, es una pregunta a la que no puedo responder. Como observaba al principio, mis reflexiones me habían llevado muy lejos de mi frágil punto de partida. Ahí donde finalmente me habían conducido no podía sino borrar me ante el punto de vista del otro. Acaso eso justifique que acaben por convocar a un lector.0

Introducción a Claude Lefort

Poco conocido aún por el público masivo, Claude Lefort es ya sin duda uno de los nombres importantes en la filosofía de este siglo. Adverso a las modas intelectuales, Lefort (nacido en 1924) plantea en su obra una interrogación tan original y constante que, al haber profundizado su investigación y desplazado los horizontes del pensamiento, no puede ya ser ignorado por quienes quieran encontrar salidas a las encrucijadas políticas contemporáneas. Su obra interroga, piensa y nos hace pensar, ayudándonos a "descifrar los signos de lo nuevo" y a "desplazar las fronteras de lo posible" -para usar sus expresiones.

La publicidad sobre filosofías de novedad dudosa parece colocar a Lefort en la situación con la que él mismo describió a Merleau Ponty cuando dió como título a la recopilación de sus ensayos que estudian a ese filósofo: **Sobre una columna ausente** (Gallimard 1978). Además, Lefort reunió los últimos trabajos de Merleau Ponty y llevó a cabo la edición de sus obras póstumas. Lector atento de Maquiavelo, a quien dedicó uno de sus libros importantes, **El trabajo de la obra, Maquiavelo** (Gallimard 1972), también lo ha sido de Spinoza, La Boétie, Michelet, Edgar Quinet, Tocqueville, Marx, autores a los que ha vuelto su mirada no para extraer de ellos -como él dice- "un sistema de pensamiento" o un "orden de razones" sino para seguir en sus obras los trazos de la aventura del pensamiento y leer en aquellas interrogaciones todo lo que ayude a reformular las nuestras.

Ni "nuevo filósofo", ni "neoliberal" o "neoconservador", Claude Lefort se distinguió, desde su ruptura con el trotskismo en 1947, por su aguda crítica a la burocracia y el totalitarismo. Sobre ese tema publicó **Elementos para una crítica de la burocracia** (Droz,

1971 y Gallimard, 1979). En los años cincuenta fundó la revista *Socialisme ou Barbarie*, con Cornelius Castoriadis. Participó luego en la revista **Textures** y codirigió la revista **Libre** entre 1977 y 1980. Actualmente dirige la revista **Passé/Présent** y es director de estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, de París. Además de los libros ya mencionados publicó **Un hombre de más** (Seuil, 1976) sobre el "Archipiélago Gulag" de Soljenitín, **Las formas de la historia** (Gallimard, 1978) y **La invención democrática, los límites de la dominación totalitaria** (Fayard, 1981). En esas obras, al interrogar la naturaleza de la política, hace evidente una dimensión simbólica a partir de la cual se aclaran rasgos tanto de las sociedades medievales y del **Ancien Régime** como del totalitarismo y la democracia.

El pensamiento de Claude Lefort se dirige a las cuestiones contemporáneas, habiéndose formado frente a hechos políticos de primera importancia en los últimos cuarenta años, como la revolución húngara y las luchas políticas en Polonia o el movimiento de mayo de 1968 en París, cuyo significado trató de descifrar en su libro **Eldesorden** nuevo (Fayard, 1968).

Interrogando a la filosofía y a la escritura, Claude Lefort hace en el texto que ahora publica **Vuelta** una especie de introducción a sus preocupaciones, su trayectoria intelectual y las influencias que recibió, lo que tiene sin duda un enorme interés para el lector latinoamericano, poco familiarizado con su obra que aún no ha sido traducida en América Latina, con la excepción de dos libros en Brasil.0

Joao Almino